

el pueblo soberano representado por la dicha comisión y por órgano de Dobrent, devolvió dichos poderes á la Comuna. La Comuna reinstalada por la revolución se dió un ejecutor tan menguado como ciego de sus voluntades, y al efecto, eligió para comandante de la guardia nacional á Henriot.

La campana de Notre-Dame había dado también la señal á los convencionales para reunirse y en medio de la mayor agitación vinieron uno tras otro, Garat para declarar «que en efecto, había una grande alarma en París» y Pache para explicar lo que había ocurrido en las Casas Consistoriales, todo lo cual le parecía la cosa más legal del mundo. Henriot habló á la Convención luego por la boca de sus cañones, pues hizo sonar el de alarma.

Valazé pidió entonces que compareciera ante la barra de la Convención Henriot; y Robespierre le contestaba reclamando el aniquilamiento de los doce. «En esto aparece en la tribuna Vergniaud para pedir á la Convención que prorogue la sesión para el día siguiente en que se resolverá lo que debe hacerse de la Comisión de los doce. La Convención se prorogó, es decir, que la Convención desaparecía en el momento mismo en que tronaba el cañón del puente Nuevo, es decir, cuando la insurrección se enseñoreaba de las calles de París.

Véase como constantemente, «la fatal manía de pensar» cada uno por su cuenta lleva á la pérdida á los girondinos.

Dicho se está que al otro día, el 1.º de Junio, las cosas estaban peor que antes. Abandonado el gobierno á sí mismo nada podía hacer, y nada hizo ni creer cuando recibió aviso de que se había invadido la casa de Roland y éste estaba preso de vista. Fué su mujer la señora de Roland la que pasó en vano á ver al ministro Garat y luego á Vergniaud en la Convención para no oír de éste otro consejo que el de escapar. Roland pudo en efecto huir, pero su señora fué presa en la noche de dicho día. Los girondinos pudieron ya ver clara la suerte que les esperaba, abandonaron á sus amigos de la Comisión de los doce y ahora no habían de tener quienes les protegieran. La Comisión de los doce quedó disuelta porque Barere la apoyó con ánimo de procurar una conciliación, y esto era ya poco menos que entregarle al furor popular.

La Comuna, teniendo por órgano á Luillier otro de sus procuradores síndicos, pidió á la Convención justicia contra Isnard, la Comisión de los doce, los girondinos, los Roland, «y contra todos los fautores del realismo.» Robespierre apoyó una proposición que todo hace creer fué obra suya, en su discurso

llegó hasta el extremo de acusar á Vergniaud, pero la Convención que ya había perdido toda fuerza y dignidad y sólo obraba á merced de las circunstancias, cerró su sesión sin acordar cosa alguna, lo que era dejar en suspenso sobre sus colegas amenazados, el proyecto de detención que ya sufría la señora de Roland.

Cuando Marat y los demás hombres de acción vieron que sus víctimas se les escapaban de sus manos, volvieron á la insurrección. La Convención quería ser tratada como Luis XVI y lo consiguió. En efecto, al día siguiente no se hizo más que discutir el manifiesto de Barere al país para darle cuenta de los sucesos del 31 de Mayo que se presentaban como la cosa más inocente del mundo, Louvet, Lesource y Vergniaud protestaron, pero el manifiesto pasó y se levantó la sesión. Cuando esto supo Marat acudió á las Casas Consistoriales á pedir que la Convención se reuniera por la noche, y á pesar de que no había ni tiempo material para hacerlo, Cambon y Barere se lo ofrecieron. Pero el Comité de salvación pública creyó que nada era más fácil que engañar á Marat. En efecto, no hizo la convocatoria, pero Marat la convocó tocando á arrebato para reunir su gente.

Cien montañeses se reunieron, y á pesar de declarar que no podían deliberar por falta de número, recibió á la diputación de la Comuna que pidió que se formara causa á veintiseis representantes del pueblo «á quienes acusaban de querer federalizar los departamentos, cuando el pueblo quería una república una é indivisible.»

Barere y Cambon, como si estuviera la Convención legítimamente constituida, se opusieron á la petición, es decir, á que se resolviera sobre la marcha acerca de lo que se pedía, pero hicieron acordar que dentro tercero día, informara el Comité de salvación pública sobre la denuncia que hacía la Comuna.

Marat había quedado nuevamente burlado. Los girondinos estaban aún en disposición de escapar, pero éstos, incapaces de toda inteligencia ni aún en aquellos momentos, resolvieron quedarse unos para afrontar la muerte, otros para buscar la salvación en las casas de sus amigos de París ó de los pueblos de su vecindad, solo tal cual, se marchó á su departamento para levantarlo contra la tiranía de la demagogia parisién. Esta desbandada equivalía á su condenación, y su suerte dependía ya solo de la previsión política de los diputados de la Convención.

Cuando, pues, se abrió la sesión del día 2 de

Junio de 1793, la mayor parte de los diputados girondinos faltaban en sus puestos. La Convención estaba bajo la doble presión de su huida y de las gravísimas noticias llegadas del Norte y de la Vendée. Los aliados estaban ya bloqueando á Valenciennes y los realistas se habían apoderado de Fontenay. Lo más elemental en estas circunstancias era solo hablar y proponer en favor de la república, confortar y fortalecer los ánimos no quebrantados ciertamente, pero sí contristados por tantos contratiempos, pero la eterna manía de atribuir todo lo que era contrario á la república, á la conspiración, produjo desde luego sus consecuencias. La Convención no encontró medida más acertada para hacer frente á las circunstancias, que ordenar á las autoridades todas, bajo su más estricta responsabilidad, que prendieran á todos cuantos fueran sospechosos de aristocracia y de incivismo. Este acuerdo exaltó á Lanjuinais, uno de los pocos girondinos que estaban presentes, y como oyera tocar á generala en las calles de París, pidió sino era hora ya de poner término á la tiranía de la Comuna y del Comité usurpador que se había atrevido á reproducir una petición calumniosa ya desechada por la Asamblea.

A esta justa pero extemporánea reclamación, sucedió el tumulto más espantoso. Los montañeses puñal y pistola en mano pretendieron asaltar la tribuna que defendieron igualmente, y no con menor brío ni peor armados, varios diputados de la derecha, teniendo mucho que hacer el montañés Malar-me que presidía para evitar la efusión de sangre. Pero el valiente bretón se mantuvo en su puesto, y no bajó de la tribuna hasta haber propuesto que fueran disueltas todas las autoridades legales de París, y que se declarara fuera de la ley, quien quiera que fuera que se abrogase una autoridad que no tenía.

Apenas había bajado de la tribuna Lanjuinais, cuando se presentaban en la barra estas mismas autoridades ilegales con tanto valor denunciadas que venían á pedir á la Convención que decretase sobre la marcha la prisión de los diputados facciosos. Esto pareció ya demasiado á la misma montaña, á pesar de apoyar la petición de Billaud-Varennes y Tallien y la diputación «de las autoridades revolucionarias del departamento de París,» salió de la Convención acompañados de sus corifeos de las tribunas gritando á las armas.

Restablecida la calma, Barere apareció en la tribuna y leyó el dictamen del Comité de salvación pública sobre la petición del Comité del palacio

episcopal que no se atrevió á desechar en redondo, pues el proponer lo que ya antes había propuesto Garat, que los diputados denunciados ó calumniados á imitación de los antiguos griegos, se condenaran al ostracismo, era, lo repetimos, entregar á dichos diputados á la Comuna de París, pues desde el momento que no les cubriera la inviolabilidad parlamentaria, ¿tendría la Comuna para con ellos mayores miramientos de los que había guardado á los esposos Roland?

Sin embargo, los pocos girondinos presentes repitieron una vez más el espectáculo que tantas veces les hemos visto representar. Mientras Isnard, Fauchet y algunos otros dimitían ó «se suspendían.» Lanjuinais declaraba que no haría ni lo uno ni lo otro, que no dimitía ni se suspendía, que los sacrificios han de ser libres y que él no lo era, y Barbaroux declaraba que moriría firme en su puesto. A la vez Marat y Billaud-Varennes protestaban de lo que el Comité proponía y pedían la suspensión de los miembros acusados y que fueran entregados al tribunal revolucionario. Imposible el orden ya y la compostura dentro de una Asamblea tan deseosa de destruirse: en esto intentaron muchos diputados retirarse á sus casas, cuando al querer pasar la puerta fueron rudamente rechazados por la gente armada que la guardaba. Los diputados así maltratados volvieron al salón de sesiones para denunciar su agravio y Lacroix, el amigo de Danton, y el obispo Gregoire pidieron la muerte para el oficial que mandaba la fuerza allí apostada, y luego después Barere que denunciaba lo que ocurría como obra de Londres y Berlín pedía que la Convención hiciera bajar las bayonetas ante su autoridad. Danton dijo que él averiguaría lo que había pasado y que era necesario vengar la Convención. En fin, se envió á Henriot que era el que allí mandaba la orden de despejar, y Henriot mandó á paseo al portero que se la comunicó, y en su vista propuso Barere la que había propuesto el 31 de Mayo Vergniaud, que la Convención saliera á la calle á deliberar bajo la protección de la fuerza armada. La Convención salió casi en masa, y Henriot la recibió intimándole que volviera á su salón de sesiones, intentó la Convención romper aquel círculo de bayonetas por otro punto, y allí apareció Marat con sus descamisados para intimar á la Convención la orden del pueblo de volver á su puesto. La Convención obedeció.

Desde este día pudo anunciarse la muerte de la libertad y Lacroix fué su profeta.

El parálítico Couthon, el íntimo de Robespierre fué el primero en tomar la palabra apenas la cons-

ternada Asamblea volvió á sus escaños y dijo:— «Puesto que todos los miembros de la Convención han de reconocer que son libres en sus deliberaciones, y que el pueblo es incapaz de atentar á la seguridad de sus mandamientos, pido, ahora, no un decreto de acusación contra los miembros denunciados, sino que se les arreste en sus casas, y que también lo sean los miembros de la Comisión de los doce y los ministros Claviere y Lebrun.»

Y así se hizo. Treinta y uno diputados fueron

arrestados en sus casas. Isnard y Fauchet en recompensa de haberse suspendido á sí mismos se les dió por lugar de su arresto la ciudad de París.

El terror había dominado á la Convención, y ésta había cedido á la amenaza. El 2 de junio el terror sólo se empleó para arrestar á los diputados, en lo sucesivo se empleará para hacer caer sus cabezas.

«La libertad y la república,—dice Martín,—estaban perdidas, pues la república es el gobierno de la ley, y ya no existía la ley.»



D' Elbée y los vendeanos



CAPITULO V

MUERTE DE LOS GIRONDINOS

Efecto que causa en París y provincias la jornada del 2 de Junio.—Protesta de Gregoire.—Actitud de los girondinos.—Marat se suspende del cargo de diputado.—Proposición de Barere para que se den rehenes á los departamentos cuyos diputados han sido suspensos.—Ataca la proposición Robespierre.—Los girondinos la rechazan.—Cuadro de la situación política interior de Francia.—Intervención de Danton.—Decrétase la acusación de Buzot, Brissot y Barbaroux.—Couthon y Saint-Just entran en el Comité de salvación pública.—Cómo debe juzgarse la resistencia armada de los girondinos.—La guerra de la Vendée.—Ataque de Nantes.—Reconciliarse sus girondinos y jacobinos.—Muerte de Cathelineau.—Promúlgase la Constitución de 1793.—Esperanzas que hizo concebir.—Si eran ó no fundadas.—Examen de la misma.—La Constitución de 1793 no rigió un solo día.—Dictamen contra los girondinos presos.—Establécense tres categorías.—Carlota Corday.—Cómo concibió la idea de matar á Marat.—Cómo realiza su intento.—Carlota en la cárcel.—Carta que escribe á su padre.—Se presenta ante el tribunal.—Su interrogatorio.—Quiere salvarle su presidente.—Daño que le vino.—Su muerte 17 de Junio.—Cómo debe juzgarse el acto de Carlota: juicio de E. Martín.—Resultados de la muerte de Marat.—Hebert jefe de los intransigentes.—Honos tributados á Marat.—La insurrección girondina en Normandía.—Wimpfen.—Pierde el combate en Vernon.—Aconseja á los girondinos que pidan el apoyo de Inglaterra.—Rechazan indignados los girondinos la proposición.—Desastrosas consecuencias para los girondinos.—Cambia la actitud de los normandos.—Fuga de los girondinos.—La guerra extranjera.—Ríndese Valenciennes: 28 de Julio.—Sus consecuencias.—Decretos del 1.º de Agosto.—Decrétase la acusación de la reina.—Danton propone la creación de un gobierno provisional.—Opónese Robespierre: por qué razones.—Importancia que adquiere el Comité de salvación pública.—Cambon reorganiza la hacienda.—Carnot entra en el comité; reorganización del ejército.—La energía revolucionaria inútil y cruel.—Muerte de Custine.—La primera carreta de condenados: los ruanenses.—Cómo el movimiento girondino se hizo realista en Provenza y Lyon.—Entrega de Tolon á los ingleses.—Efecto que produjo este acto.—Chaumette pide la guillotina ambulante.—Piden la formación de un ejército revolucionario.—Proposiciones de Danton.—Barere pide que se ponga *el terror á la orden del día*.—Reconstitución del Comité de salvación pública.—Niégase Danton á formar parte de él.—Entran en el mismo Billaud-Varennes y Collet-d' Herbois.—Reorganización del Comité de seguridad pública.—El 3 de Octubre: decrétase la prisión de cuarenta diputados.—Proceso de María Antonieta.—14 de Octubre de 1793: su defensa.—Su ejecución.—Proceso de los girondinos.—Iniquidad del procedimiento.—Muerte de los girondinos.—Proceso de la Roland.—Su prestigio en la cárcel.—Su vindicación moral.—Preséntase ante el tribunal.—Niégase éste á oír su defensa.—Su muerte: 19 de Noviembre de 1793.—Su despedida del mundo: invocación al Sér Supremo.—Muerte de Roland.—Muerte del duque de Orleans.—Muerte de Bailly, Barnave, Rabaut-Saint-Etienne, Kersaint, Dupont-du-Terte y Claviere.



A triste jornada del 2 de Junio produjo el efecto más desastroso. La demagogia se había impuesto á la Convención, y esto se veía claro por todo el mundo. La misma Convención sentía deseos de vindicarse y dar una satisfacción á la opinión pública excitada fuertemente hasta en el mismo París, cuanto más en aquellos departamentos en que dominaba la opinión moderada, como por ejemplo en Burdeos que no

podía sufrir en paciencia el agravio hecho á sus diputados; en Marsella en donde la opinión girondina tomaba severa venganza de los desmanes de sus jacobinos, lo mismo que en Lyon que mandó al cadalso á su jefe Chalier, que había prometido degollar á todos los ricos, en fin, en la Normandía el pueblo entero se armaba á la voz de Louvet, Guadet, Petion, Barbaroux y Lanjuinais que en Caen organizaron el centro de la protesta.